

dades cuando se reúnen ante el altar las damas aristocráticas, en alguno de esos *five o'clock* a lo místico, ajenos por completo al grandioso sentimiento que enlaza al hombre con la Divinidad; pero rezar a troche y moche, renunciar a las necesarias pompas de la vida, entristecerse en las tinieblas del templo, eso era condenarse a envejecer precozmente y abandonar un puesto en la fiesta social. En realidad de verdad, la buena Berta tenía sus puntas y ribetes de descreída, y pensaba, allá en lo más hondo de su alma, que, sí, es conveniente estar bien con Dios, pero sólo lo preciso, para que no se nos lleve el diablo.

La primera comunión de Fifina fué la primera entre las representaciones de gala a que se destinaba a la niña. Más que de preparar su espíritu, se cuidó de preparar el blanco traje, de corte ideal, en cuya transparente muselina se destacaba la sonrosada carita bajo el velo finísimo y albo que se plegaba sobre las graciosas ondas de la rizada cabellera. El cura párroco pronunció algunas frases alusivas a la ceremonia; pintó la Sión celestial con sus palmas de oro y sus músicas de serafines; dijo algo muy sencillo, muy tierno y muy conmovedor; pero Berta expresó en su rostro, acabada que fué la plática, lo poquísimo que le había satisfecho la elocuencia del sacerdote.

—Debía haber venido a dar la comunión algún capellán de palacio, algún cura distinguido. Bien se conoce que este pobre párroco procede de la clase baja. ¡No ha tenido ni una palabra de elogio para el vestido de Fifina! ..... ¡Y cuidado que la niña está preciosa y elegante!

El teatro y el paseo no eran para Fifina lugar de diversión, sino de exposición. Ni las más hermosas óperas, ni los más conmovedores dramas, ni las más graciosas comedias la hacían sentir emoción alguna: ni reía, ni lloraba, ni experimentaba entusiasmo. Lo poco de alma que puso Dios en aquel cuerpo estaba adormecido, insensibilizado para las impresiones ajenas. Sus ojos no eran para ver, sino para ser mirados; sus oídos no eran para oír otra cosa que el elogio, la galantería y el insustancial requiebro que da de sí la conversación pálida de la gente llamada de buen tono.

La educación de Fifina correspondía perfectamente al ideal de la familia. Aprendió la beldad a empujar las teclas del piano—ejercicio completamente ajeno al arte,—aprendió

a modular en francés las mismas frases inexpresivas que sabía decir en madrileño (no confundir este dialecto con el castellano); aprendió a bordar con estambres de colores, adoptando sobre el bastidor ciertas posturas de desdén y elegante aburrimento.

Llegó la juventud con su desarrollo de líneas, pero no llegó con sus pasiones ni con sus anhelos. ¡El amor! Para Fifina era un motivo de vanidad. Jamás pasaron por entre las nieblas de su dormir tranquilo el bigote negro o rubio, ni los ojos garzos o azules que flotan en los ensueños de las muchachas en esa edad romántica y novelesca que es en la historia de la mujer lo que en la historia de la humanidad la Edad Media.

—Duerme como un santo—exclamaba Berta cuando cada mañana iba a llevar a su sobrina el chocolate.

Más bien dormía como una estatua.

Pero aunque el amor no vino, llegó el período en que, según el sistema filosófico-social de Berta, era indispensable casar a Fifina. La solterona odiaba al hombre, pero comprendía su necesidad como elemento de ornato, como contribuyente para sostener la lista civil de la dama elegante, para acompañar a la esposa en el carruaje, para añadir prestigios a la hermosura. Deseaba ella para Fifina más que un marido, en el concepto carnal y amoroso de la palabra, un dócil, frío y respetuoso compañero de fiestas y exhibiciones, un conservador de aquel monumento de belleza.

El prodigio fué hallado. El señor de Barbieta con sus cuarenta años frescos y perfumados, con su estupidez barnizada de buen tono, con sus diez mil duros de renta y sus extensas relaciones en el gran mundo, solicitó y obtuvo la mano de Fifina. Era el buen señor todo orden, pulcritud y minuciosidad. No concebía que pudiera vivirse con una mancha en la ropa, ni con una incorrección en el trato social. Su nombre hubiera permanecido ignorado si alguna vez no le citara la crónica de los salones. Sin pasiones, sin cultura, sin entusiasmo por nada, con una insensibilidad admirable, parecía anestesiado para el placer como para el dolor. Un *smocking* de corte irreprochable, un monóculo sujeto ante el ojo derecho, una barba bien peinada, un aroma de *opopanax* que trascendía, y un cierto modo de saludar inclinando la cabeza sin mover el cuerpo, constituían los rasgos característicos del dis-